

¡Dios es Fiel! (Cap. 12)

Lo has visto todo...

Cuando Josué se acerca al final de su vida, considera esencial recordar a los líderes de Israel las cosas más importantes. Si solo tuvieras una oportunidad para reunir a tu familia, a tus compañeros de trabajo o a la iglesia donde has vivido y servido, ¿qué les dirías? El libro comenzó con un cambio generacional de Moisés a Josué, y ahora ha cerrado el círculo. Está a punto de haber otra transición de la generación de Josué a la del pueblo plenamente establecido en la tierra.

Al principio del libro, Josué escuchó las palabras de ánimo: «Esfuérzate y sé valiente; porque tú repartirás a este pueblo por heredad la tierra de la cual juré a sus padres que la daría a ellos. Solamente esfuérzate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas.» (Josué 1:6-7, RVR1960). Ahora es él quien alienta a los líderes con las mismas palabras. Pero también les recuerda que el éxito nunca debe darse por sentado; siempre está ligado a la obediencia a la palabra de Dios. La asignación de la tierra, símbolo de la fidelidad de Dios a Israel (Nehemías 9:8), abre la puerta a un desarrollo futuro que depende de la actitud de Israel. ¿Asegurará el pueblo sus logros y reclamará la tierra por fe en las promesas de Dios? ¿Se fortalecerá y mantendrá la unidad de la nación por las futuras generaciones? Con estas preguntas en mente, el anciano Josué se dirige a los líderes de la nación.

El discurso de Josué transita de referirse a sí mismo a dirigirse a su audiencia, quienes deben continuar la misión encomendada por Dios. Él explica que la conquista de la tierra fue posible porque el Señor luchó por ellos (cf. Josué 10:14; Éxodo 14:14; Deuteronomio 1:30; 3:22; 20:4). A pesar de su infidelidad e incredulidad (cf. Éxodo 15:24; 16:2, 3, 20; 17:2), lo que causó que Israel se viera

involucrado en guerras después del Éxodo, no fue su poder militar sino la intervención de Dios lo que les permitió poseer la tierra.

Josué 23 constituye el clímax del libro y su resumen teológico. Destaca uno de los temas principales de todo el libro: la fidelidad pactual de Yahvé, quien cumple Sus promesas y Sus juramentos dados a los antepasados. Toda esta retrospectiva se ve a través del prisma de la fidelidad de Dios. Los israelitas siempre deben recordar que nunca pueden reclamar las victorias sobre sus enemigos o la tierra como su herencia, excepto a través de la lealtad de Dios a Su palabra (cf. Josué 1:5, 6, 9, 11; 6:2; 8:1, 7; 10:10, 11, 14, 19, 42; 11:8). El reconocimiento de que fue el «Y vosotros habéis visto todo lo que Jehová vuestro Dios ha hecho con todas estas naciones por vuestra causa; porque Jehová vuestro Dios es quien ha peleado por vosotros.» (Josué 23:3, RVR1960) debería darles la seguridad de que «Jehová vuestro Dios los echará de delante de vosotros, y los arrojará de vuestra presencia; y vosotros poseeréis sus tierras, como Jehová vuestro Dios os ha prometido» (versículo 5).

El discurso de Josué reaviva un aspecto clave tanto de la teología del Antiguo Testamento como de la doctrina de la salvación del Nuevo Testamento: la cuestión de la soberanía de Dios y la cooperación humana. Dios claramente no necesita dejar a los seres humanos la tarea de realizar Su obra. Sin embargo, desde la Creación, vemos que Él ha encomendado a los humanos ser Sus representantes, Sus portadores de imagen en la tierra, lo cual es un privilegio especial y una tremenda responsabilidad. Josué sabía mejor que nadie en Israel el esfuerzo que tomó conquistar la Tierra Prometida y el papel que Israel tuvo que desempeñar en ello. Sin embargo, mirando hacia atrás, deja claro que el Señor mismo expulsó a las grandes y poderosas naciones (versículo 9). Si Israel tuvo éxito, fue enteramente atribuible a Dios, porque la tarea habría sido imposible de lograr por medios humanos. Sin embargo, cada vez que Israel fracasaba, era siempre por la incredulidad y la infidelidad del pueblo.

El discurso de Josué se alinea con las enseñanzas de la Torá, enfatizando que la prosperidad continua de Israel en la tierra depende de la obediencia al pacto de Dios. Es crucial señalar que Dios no exigió obediencia para que Israel recibiera

Sus bendiciones; Él ya había salvado al pueblo de la esclavitud (Éxodo 20:2), les había dado la tierra y había derrotado a sus enemigos. Josué recuerda al pueblo que las acciones pasadas de Dios (Josué 23:3-5, 9, 10, 14) deberían motivar su obediencia (versículos 6-8, 11-13, 15, 16).

Como describe Brueggemann, el pacto es simultáneamente «completamente dador y completamente demandante». Implica una «relación de entrega de sí mismo y de consideración de sí mismo en la que el abrazo del mandamiento (en obediencia) y el abrazo del amor (en confianza) son una misma cosa»¹. La obediencia de Israel es una respuesta amorosa al amor desinteresado de Dios, con el objetivo de vivir de acuerdo con Su voluntad e intenciones. De manera similar, para los cristianos, obedecer los mandamientos de Dios no es una forma de ganar gracia o salvación, que solo proviene de la obra redentora de Jesucristo (cf. Romanos 3:20; 11:6; 1 Corintios 1:30; Efesios 2:8, 9; 2 Timoteo 1:9). En cambio, es la respuesta de un corazón transformado por la fe, el amor y la esperanza (1 Tesalonicenses 1:3; cf. Juan 14:15; Santiago 2:21-24).

En este contexto, las recompensas por la obediencia se consideran resultados naturales del pacto. El mismo Dios que ofrece gracia también administra justicia. Sin embargo, es importante comprender que no todos los eventos negativos son juicios directos de Dios. El mal puede ocurrir naturalmente en un mundo influenciado por Satanás (Juan 14:30). No obstante, por la gracia de Cristo, incluso las situaciones adversas pueden obrar para el bien de aquellos que aman a Dios y revelar Su carácter y grandeza (Romanos 8:28).

El éxito de Israel es únicamente el resultado de la iniciativa y fidelidad de Dios. Este principio también se aplica a nuestra salvación: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8, 9; cf. Romanos 3:20, 27; 2 Timoteo 1:9; Tito 3:3-5). Sin embargo, aunque las victorias de los israelitas no se debieron a su fuerza o estrategia, ellos no esperaron pasivamente a que ocurriera un milagro. Necesitaban participar activamente en la conquista y aseguramiento de su herencia. De manera similar, la victoria espiritual sobre el pecado y la tentación se asegura mediante el sacrificio y la resurrección de Jesucristo, y los

creyentes deben depender continuamente del poder del Espíritu Santo para vivir una vida triunfante (Romanos 8:1, 2, 9-12). Para que esto suceda, deben ocuparse en «Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.» (Filipenses 2:12-13, RVR1960).

La salvación no es un proceso en el que las contribuciones se dividen entre Dios y nosotros en proporción a nuestras habilidades. La salvación es 100 por ciento obra de Dios en nosotros y para nosotros, pero nuestra salvación requiere nuestra entrega, sumisión y obediencia al 100 por ciento, lo que no tiene nada que ver con el mérito. Mi contribución es una respuesta voluntaria de gratitud y aprecio al sacrificio infinito de Dios por mí. Cuando miramos hacia atrás a nuestra experiencia con Cristo, al igual que Josué, diremos: *iHe visto todo lo que Jehová nuestro Dios ha hecho por mi causa, porque Jehová es quien ha peleado por mí!* (cf. Josué 23:3).

Límites claros

Las instrucciones de Josué tienen como objetivo establecer una identidad distintiva para Israel. El verdadero peligro no es la animosidad de las naciones restantes, sino el riesgo de su amistad. Si bien sus armas no representan una amenaza significativa, sus ideologías y valores podrían ser más dañinos que cualquier fuerza militar. Josué enfatiza a los líderes que su conflicto es, en última instancia, espiritual. Por lo tanto, Israel debe mantener su identidad única.

La prohibición de invocar, jurar por, servir o inclinarse ante dioses extranjeros aborda la idolatría. En el antiguo Cercano Oriente, el nombre de una deidad simbolizaba su presencia y poder. Mencionar dioses extranjeros en saludos o transacciones comerciales implicaba reconocer su autoridad, lo que llevaba a los israelitas a buscar el poder de estos dioses en tiempos de necesidad (cf. Jueces 2:1-3, 11-13).

El matrimonio mixto con los cananeos restantes representaba un riesgo, en primer lugar, para la pureza espiritual de Israel, no para la pureza racial o étnica. La advertencia de Josué tiene como objetivo prevenir la idolatría, que podría llevar al colapso espiritual de Israel. La historia de Salomón es un claro ejemplo de las terribles consecuencias espirituales del matrimonio mixto con extranjeros (1 Reyes 3:1; 11:1-8). En el Nuevo Testamento, de manera similar se advierte a los cristianos contra el matrimonio con no creyentes (2 Corintios 6:14). Sin embargo, Pablo aconseja a aquellos ya casados con incrédulos que vivan vidas cristianas ejemplares en lugar de buscar el divorcio (1 Corintios 7:12-16).

Nuestra relación con el «mundo» es compleja. Jesús oró para que, mientras Sus discípulos permanecen en el mundo para cumplir su misión, no se dejaran moldear por el mal de este mundo (Juan 17:15). La forma de lograrlo es a través del poder santificador de Su Palabra (versículo 17). Juan también se dio cuenta de que el mayor peligro para los cristianos reside en amar las cosas del mundo. Este mundo opera según los principios de la auto-gratificación y la auto-glorificación (1 Juan 2:15, 16). Por lo tanto, en Romanos 12:1, 2, Pablo amonesta a los creyentes a contrarrestar la presión de afuera hacia adentro del mundo que trata de meternos en su propio patrón con la transformación de adentro hacia afuera de nuestras mentes según la voluntad de Dios.

La preocupación de Josué por asociarse con los cananeos debe entenderse dentro del contexto más amplio de la conquista y el conflicto espiritual continuo entre Dios y Satanás. En el Antiguo Testamento, la grandeza inigualable de Dios se destaca en contraste con otros dioses (Salmos 86:8). Él es «mayor que todos los dioses» (Éxodo 18:11, NVI), digno de alabanza y reverencia «Porque grande es Jehová, y digno de suprema alabanza;

Temible sobre todos los dioses.» (Salmos 96:4, RVR1960). Él gobierna sobre ellos (Salmos 95:3), y ellos son llamados a adorarle (Salmos 29:1; 97:7) porque Él es el «Dios de dioses» (Deuteronomio 10:17; Salmos 136:2). La Biblia afirma la soberanía, singularidad y exclusividad de Dios (Deuteronomio 32:39; Isaías 45:5, 10, 11, 18) al mismo tiempo que reconoce que otros seres espirituales influyen en la historia, pero no siempre siguen la voluntad de Yahvé.

A pesar de las advertencias de Dios, los israelitas a menudo adoraban a otros dioses, «y fueron y sirvieron a dioses ajenos, y se inclinaron a ellos, dioses que no conocían, y que ninguna cosa les habían dado.» (Deuteronomio 29:26, RVR1960). Estos dioses son referidos como demonios (Deuteronomio 32:17; cf. Levítico 17:7; Salmos 106:37), ángeles caídos y seres creados, que no deben ser adorados. Conociendo la existencia y la tentación de estos poderosos seres, Josué advierte a Israel en armonía con el primer mandamiento (Éxodo 20:3; Deuteronomio 5:7).

Dado que la religión estaba profundamente entrelazada en todos los aspectos de la vida antigua, Israel tenía que evitar incluso los tratos cotidianos con los cananeos. Tales interacciones podrían implicar juramentos invocando dioses extranjeros, reconociendo indirectamente su autoridad. En el contexto del gran conflicto entre Dios y Satanás, reconocer la autoridad de un demonio podría invitar a poderes malignos a la vida de un israelita, llevando a una idolatría completa. El recordatorio de Josué subraya la importancia crítica del primer mandamiento en el contexto del conflicto cósmico, donde los seres creados desafían la supremacía del Creador.

En el contexto de las advertencias contra la idolatría, Josué se refiere a la «ira del Señor». Estos versículos representan el punto culminante de las severas advertencias de Josué. Es sorprendente escuchar que el Señor destruirá a Israel, usando el mismo término aplicado previamente a la aniquilación de los cananeos (Deuteronomio 4:26; 7:4, 23; Josué 9:24; 11:14, 20). Así como las promesas del Señor para las bendiciones de Israel se cumplieron fielmente, también las maldiciones del pacto (Levítico 26; Deuteronomio 28) se harán realidad si Israel rechaza el pacto. Los israelitas ya habían experimentado la ira del Señor durante su tiempo en el desierto (Números 11:33; 12:9) y en la Tierra Prometida (Josué 7:1). Eran muy conscientes de las consecuencias de provocar a Yahvé al romper descaradamente el pacto. La destrucción de los cananeos destaca que Yahvé es el juez supremo de toda la tierra. Él libra la guerra contra el pecado dondequiera que se encuentre, ya sea entre los cananeos o en Israel. Israel no obtuvo santidad o méritos especiales a través de la guerra santa, así como tampoco lo hicieron las

naciones paganas cuando se convirtieron en instrumentos del juicio de Yahvé contra Israel.

A primera vista, la enseñanza bíblica sobre la ira de Dios parece incompatible con la afirmación de que Dios es amor (Juan 3:16; 1 Juan 4:8). Sin embargo, es precisamente a la luz de la ira de Dios que la doctrina del amor de Dios se vuelve aún más relevante. La Biblia presenta a Dios como amoroso, paciente, tardo para la ira y pronto para perdonar (Éxodo 34:6; Miqueas 7:18). En un mundo manchado por el pecado, la ira de Dios es Su respuesta santa y justa al pecado y al mal. (Si la justa ira de un padre no se enciende al enterarse de un horrible abuso contra una niña de seis años, ¡algo anda mal con él!) La ira de Dios nunca es emocional, vengativa o impredecible. El Nuevo Testamento enseña que Cristo se hizo pecado por nosotros (2 Corintios 5:21) y a través de Su muerte, somos reconciliados con Dios (Romanos 5:10). Quien cree en Él no enfrentará la ira de Dios (Juan 3:36; Efesios 2:3; 1 Tesalonicenses 1:10). Así, la ira de Dios subraya Su papel como el juez justo del universo, manteniendo la justicia (Salmos 7:11; 50:6; 2 Timoteo 4:8).

Aferrarse al Señor

Aunque Josué recordó a los israelitas la justicia de Dios y las consecuencias de su eventual apostasía, su punto principal no es la ira divina! La única manera en que Israel puede evitar la tentación de la idolatría —y así escapar de la ira de Dios— no es deteniéndose constantemente en las estipulaciones negativas del pacto, sino fomentando una lealtad consciente y consistente al Señor. No se trata de miedo a las consecuencias, sino de nutrir una relación amorosa con Dios expresada por la admonición de «Mas a Jehová vuestro Dios seguiréis, como habéis hecho hasta hoy.» (Josué 23:8, RVR1960). El uso del verbo «apegarse» o «adherirse» es significativo. En otros lugares describe el vínculo profundo deseado en un pacto matrimonial entre esposo y esposa (Génesis 2:24) o la lealtad que Rut mostró a Noemí, su suegra (Rut 1:14). Dios desea tener una relación íntima y personal con cada persona que responde a Su amor. Así, Su

amor universal por todos constituye el marco para manifestar nuestro amor voluntario y mutuo.

Josué elogia a los israelitas por su fidelidad, señalando que ha caracterizado a la nación «Mas a Jehová vuestro Dios seguiréis, como habéis hecho hasta hoy.» (Josué 23:8, RVR1960). Esto indica que, al menos durante el liderazgo de Josué, Israel mantuvo una fuerte lealtad a Dios. Sin embargo, esta fidelidad no persistió en períodos posteriores, como relata tristemente el libro de Jueces (Jueces 2:2, 7, 11; 3:7, 12; 4:1; 6:1; 10:6, etc.).

El medio para mantener la fidelidad a Dios radica en desarrollar una relación basada en el amor y la confianza, no en el miedo. Así como un matrimonio saludable prospera en el amor y el respeto mutuos en lugar del miedo a las consecuencias de la infidelidad, así también debe hacerlo nuestra relación con Dios. Cuando nos enfocamos en nuestro amor por Dios, nuestras acciones se alinean naturalmente con Su voluntad. Este amor lleva a un deseo más profundo de obedecer Sus mandamientos, no por obligación, sino por un compromiso sincero de mantener y crecer en la relación.

El Nuevo Testamento se hace eco de este principio. Jesús resumió la ley como amar a Dios con todo nuestro corazón, alma y mente, y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mateo 22:37-40). La obediencia fluye del amor, no del miedo. Juan escribe: «En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor.» (1 Juan 4:18, RVR1960). Cuando nuestra relación con Dios está arraigada en el amor, naturalmente nos apartamos de la idolatría y el pecado.

En términos prácticos, mantener esta relación significa dedicar tiempo a la oración, la adoración y el estudio de la Palabra de Dios, fomentando una conexión personal con Él. Significa reconocer las acciones y bendiciones pasadas de Dios en nuestras vidas como motivaciones para una fidelidad continua. Cuando recordamos el amor y la fidelidad de Dios, nos inspiramos a corresponder ese amor en nuestra vida diaria. Por lo tanto, nuestro enfoque como

cristianos debe ser construir una relación amorosa e íntima con Cristo. Tal enfoque asegura que nuestra fidelidad se mantenga no por el miedo a las repercusiones, sino por un amor y compromiso profundos con Aquel que nos ama infinitamente (Gálatas 2:20).

¹ Walter Brueggemann, *Theology of the Old Testament: Testimony, Dispute, Advocacy* (Minneapolis, MN: Fortress Press, 2005), 420.